

Notas sobre algunos templos e imágenes sagradas de Lanzarote y Fuerteventura (*)

Por indicación del señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, mi estimado amigo don Elías Serra y Ráfols, formé parte de la misión acordada por aquella Facultad para estudiar prehistoria, arte, lingüística y botánica en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, misión que tenía por objeto recoger notas y antecedentes, visitar los lugares de la primera conquista, etc., y que habrá de repetirse para completar dichos trabajos en un futuro próximo.

LANZAROTE

La iglesia de Tegüise: sus vicisitudes

Se sabe que este templo existía ya en el año 1445, quizá más humilde que en la actualidad. El domingo 24 de agosto de dicho año se reunieron en la iglesia de Santa María de Tegüise (1), a la hora de la nona, la nobleza y pueblo de Lanzarote, convocado por Adrián de Bethencourt como representante de Diego de Herrera, y acompañado del escribano Juan Ruiz, con objeto de presentar su nombramiento de Gobernador de las islas de Canaria, por los señores Diego de Herrera y doña Inés Peraza, exhibiendo después el fallo por el cual el monarca de Castilla los declaraba legítimos poseedores del señorío de Lanzarote. (Chil "Estudios", t. II.)

En el siglo XVI, allá por el año 1586, fué esta iglesia incendiada por los argelinos y turcos acaudillados por el arraez Morato. Reedificóse luego, pero

(*) El señor Bonnet, autor de este trabajo, ha escrito una Memoria completa de aquel breve viaje de estudio realizado en enero de 1942 que ha quedado archivada en el Instituto de Estudios Canarios. De dicha Memoria, que contiene un emocionado recuerdo para las personas que allí acogieron a los viajeros, entreascamos aquí solamente la parte referente a las imágenes y monumentos artísticos visitados. (N. de la R.)

(1) El origen del nombre de esta población, es el siguiente: "Maciot de Bethencourt casó con Tegüise hija de Guadarfia, rey de Lanzarote. El primer fruto de esta unión fué la fundación o el acrecentamiento de un pueblo, que hoy es la villa capital de aquella isla. Había casi en el centro (de Lanzarote) cierta aldea grande que los naturales llamaban "Acatife"... pero Maciot en consideración de la Infanta dió a la aldea el nombre de Tegüise, y echó en ella los primeros cimientos a la policía de aquella capital." (Viera y Clavijo. Tom. I pág. 362, 2ª ed.)

tan pobremente, que en 1596, diez años más tarde, cuando los ingleses invadieron la isla al mando de Jorge Cumberland, decía su capellán el doctor Layfield que el templo carecía de ventanas, que no había separación para el coro, y que los asientos eran unos poyos de piedra que corrían hasta el altar mayor. De esta descripción puede deducirse la humildad con que fué reconstruida. (Viera, t. IV.)

De nuevo en 1618 los moros invadieron la isla de Lanzarote a las órdenes de Xaban y Solimán, quemando otra vez la iglesia de Teguiise. Esta desgracia exaltó los sentimientos cristianos, y al final de aquel siglo surgió un hermoso templo debido a las limosnas del vecindario y a los cuantiosos donativos del Obispo don Bartolomé García de Jiménez, según la inscripción que aparece sobre la puerta principal. Viera dice que el coro y la sacristía eran admirables. Pero la desgracia pesaba sobre este templo de San Miguel de Teguiise, pues el 6 de febrero del año 1909 un voraz incendio destruyó por tercera vez esa obra de arte, que luego fué reconstruida a base de cemento armado con gran capacidad y buena luz.

Imágenes de este templo

La mayor parte son de poco valor artístico, pero existen algunas que merecen citarse, y lo hacemos a continuación:

La Virgen de Guadalupe.—Es la patrona de Teguiise y cuenta la tradición que al ocurrir la invasión de los berberiscos el año 1618, unos 900 vecinos de la isla se refugiaron en la famosa "Cueva de los Verdes", como era costumbre, llevando con ellos la imagen de referencia. Los moros incendiaron la villa de Teguiise, su iglesia y el convento de Miraflores, saliendo después en persecución de los fugitivos, y conociendo por un traidor de nombre Francisco Amado, el lugar en que se escondían, bloquearon las dos entradas de la cueva hasta que los rindieron por hambre.

Continúa diciendo la tradición que entre el rico y abundante botín recogido por los moros figuraba la Virgen de Guadalupe (2), que fué llevado a Argel, pregonada en venta y mutilada. El primer autor que narra este hecho es el historiador don Pedro A. del Castillo, que lo hace del modo siguiente:

"Entre los despojos que hicieron de la isla los turcos fué uno la Santísima imagen de nuestra señora de Guadalupe, patrona de la parroquia de la Villa (Teguiise) y, sacándola en Argel, la pregonaron para si hubiera algún cristiano que la tomase, y viendo que ninguno proveía, sacó el sable un turco y la partió la cabeza a la santísima imagen, a cuya ejecución salió un furioso perro de entre unos maderos y devoró al turco; y hallándose presente uno de los cautivos que habían llevado (doña Francisca de Ayala), recogió la cabeza, y saliendo con brevedad del cautiverio la trajo a Sevilla e hizo unirla a otra imagen aunque siempre le ha quedado la señal, con que se renueva y aumenta la devoción de los fieles." (Loc. cit., pág. 288, nota. Ed. 1848.)

(2) La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, era la patrona de la iglesia parroquial de Teguiise.

De este relato se desprende que la piadosa señora doña Francisca de Ayala solamente recogió la cabeza de la imagen, único resto de la primitiva, la llevó a Sevilla y restauró el icono trayéndolo a Lanzarote. La tradición difiere también acerca del templo en que fué colocada, pues mientras Viera y Clavijo asegura que don Diego Laguna, sobrino de doña Francisca Ayala, y beneficiado de la parroquia de Teguiise, promovió el culto de esta imagen, (Tom. IV, página 290, ed. 1863), el cronista de aquella isla don Lorenzo Betancort afirma que se colocó en la ermita de las Nieves, donde permaneció olvidada hasta que en 1914 el sacerdote don Antonio Gil la llevó a Teguiise para restaurarla, descubriéndose entonces las señales de fractura que indica la tradición, por lo que fué instalada, con toda solemnidad en la parroquia de Teguiise.

Según, pues, la versión de la leyenda que hemos recogido, de la imagen primitiva sólo queda la cabeza, y en verdad el excesivo retoque que ha sufrido al restaurarla nada permite aventurar sobre su época y filiación artística. Aun admitiendo probable un fondo histórico a la narración transcrita, varias objeciones podrían sugerirse a la autenticidad del actual icono, aunque ninguna sea concluyente por sí misma: los berberiscos en sus razzias no acostumbraban llevarse las imágenes sino destruirlas, apoderándose antes de sus joyas; si la Virgen de Guadalupe fué llevada en efecto a la Cueva de los Verdes, hubo ocasión sobrada para esconderla en algún lugar de aquella vastísima gruta antes que entregarla a los infieles; el pregón de venta realizado en Argel necesariamente se dirigía a los cristianos y éstos, después de saqueados por los turcos, poco o nada podían dar por ella; en fin, la fractura observada por nosotros en la escultura va de oreja a oreja pasando por la frente, y la tradición, por lo menos en la forma que hemos copiado, señala que fué separada la cabeza del tronco, y en el cuello no se advierten señales de rotura.

Lo prudente será, pues, abstenernos, por nuestra parte, de sentar conclusión alguna.

El Cristo de la Vera-Cruz

Se conserva esta imagen en la nave izquierda de la iglesia, llamando la atención así del profano como del inteligente lo compuesto del altar. El Cristo está bajo un dosel riquísimo y es una escultura del siglo XVII, perteneciente a la escuela realista española. La cabellera descende hasta la cintura, cayendo hacia el lado izquierdo, y se nos dijo que al salir en procesión la imagen el viento agita los cabellos de un modo que produce temor. Este icono, como la Virgen de Guadalupe, también ha sido mal retocado, perdiendo valor estético. La escultura, aunque perfecta en su anatomía, le falta algo de la unción cristiana que se advierte en otras efigies de ese género. La Cruz y la peana son dignas de mención por lo artísticas.

San Marcial

Figuraba en la ermita de su nombre en el puerto de las Coloradas, donde

existió la iglesia del Rubicón, a la que se dió el nombre de Catedral (3). Se cuenta que al entrar los berberiscos por aquel puerto el año 1749 en su última correría por Lanzarote, y antes de incendiar la ermita, los vecinos sacaron la imagen y la trajeron a Teguiise, donde aun se venera. Indudablemente es un icono de la segunda mitad del siglo XVI, y por consiguiente no es la primitiva imagen que debió venerarse en la ermita, sino otra posterior. Nos han asegurado que en la parroquia de Femés se conserva una copia de esta escultura.

Una joya de arte

Lo expuesto es lo más interesante en imaginería. Entre las obras artísticas que se custodian en la iglesia de Teguiise descuella una hermosísima bandeja de plata repujada en alto relieve, de más de 70 cm. de longitud. El centro está formado por cinco pasajes de batallas que por su magistral ejecución, soltura y movilidad de los guerreros es de un gran valor artístico; también los bordes de la bandeja aparecen repujados con gusto. Su autor perteneció a los buenos orfebres de la época del Renacimiento y acaso fué donada por su poseedor, cuyo nombre consta en el dorso de la bandeja.

El convento de la Madre de Dios de Miraflores

Según Viera y Clavijo, este convento tuvo intención de construirlo Sancho de Herrera el Viejo, por una cláusula que aparece en su testamento otorgado el 21 de octubre de 1534, en que disponía se hiciera un monasterio de frailes franciscanos dentro de su huerta en Famara, la cual les donaba, mandando gastar en la obra 500 ducados de oro, y hecho el monasterio que fuera trasladado su cuerpo con la solemnidad que los albaceas quisiesen. Pero la voluntad de este prócer no se cumplió, transcurriendo los años.

En 1583, encontrándose en Teguiise el célebre Gonzalo Argote de Molina, que por estar casado con una hija natural del Marqués de Lanzarote, se llamaba conde, acordó llevar a cabo la fundación dispuesta por Sancho de Herrera, pero considerando que el territorio de Famara (4) era un despoblado sin defensa, cercano al mar y expuesto por consiguiente a las correrías de los piratas, solicitó un Breve pontificio para que se levantase dicho convento en la villa de Teguiise.

«Concedida la petición, se abrieron los cimientos en 1588, y en 20 de abril

(3) La Bula del Papa Benedicto XIII creando el Obispado de Canarias, dice: "...quodque in eadem Insula, in Castro de Rubico, de novo sub vocabulo Sancti Martialis Ecclesia est constructa..." Y vuelto al castellano, según Viera: "Igualmente sabemos, que en el castillo de Rubicón de la misma isla, se ha edificado una Iglesia bajo la advocación de San Marcial..."

(4) El primer Marqués de Lanzarote dejó en su testamento extendido en el año 1598, seis arrobas de aceite para la ermita de Famara, y dispuso que si los religiosos franciscanos fundasen su convento en la citada ermita de Nuestra Señora de las Mercedes en Famara, se les diese la huerta que tenía en aquel término. (Memorial ajustado del Estado de Lanzarote, núms. 389 y 2.065.) En la fecha citada, ya se había comenzado a levantar el convento en Teguiise.

de 1590 Argote de Molina extendió una curiosa escritura con los frailes en la que se comparaba a Salomón. En una de sus cláusulas disponía que el convento se intitulara de la Madre de Dios de Miraflores, ofreciendo construir a su costa la capilla mayor de treinta pies en cuadro, (5) donde en cada lado hubiese seis sepulcros de piedra de orla, encajados en los arcos de la pared.

Hasta el año 1618 el convento mantuvo su esplendor, pero en esa fecha los argelinos devastaron la isla e incendiaron la iglesia de Teguiise y el convento de Miraflores. Prestamente fué reedificado mediante limosnas, abriéndose de nuevo al culto su templo con la misma extensión que poseía y que tiene en la actualidad. Viera dice del convento: "Mantiene como unos veinte religiosos y es una de las mejores guardanías de la provincia." Sabemos que el 24 de junio de 1729 se fundó en la iglesia de aquel convento una Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, y que en 1773 se adquirió en Génova una bellísima imagen patrona de la Cofradía, que en 1875, después de la extinción de los conventos, pasó a la parroquia de Teguiise, siendo destruída en el incendio del año 1909.

Actualmente la iglesia de la Madre de Dios de Miraflores está en completo abandono y cerrada al culto. Viera nos cuenta que Argote de Molina ofreció a dicho templo una retablo con su sagrario y la imagen de nuestra señora de Miraflores. La tradición afirma que en la invasión de los argelinos se pudo salvar esa escultura del incendio, y que tuvo igual fortuna en el de 1909 ocurrido en la parroquia de Teguiise, donde había sido trasladada. Si la imagen que vimos ocasión de ver en dicho convento es o no la misma que regaló Argote de Molina es difícil asegurarlo, si bien nos inclinamos a creer que por su factura artística pertenece a la segunda mitad del siglo XVIII.

Los retablos son dignos de cita, especialmente el del altar mayor por su perfecta técnica y puro estilo barroco. Son magníficos los artesonados del presbiterio; también debemos citar las imágenes de San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, y entre las obras pictóricas la Virgen de Miraflores y la de San Martín, que pertenecen a la escuela flamenca ya influenciada por la italiana. La bellísima pila de agua bendita está labrada en un solo bloque de piedra del país y también el púlpito es una verdadera joya de arte.

El sepulcro del Marqués de Lanzarote

Se viene afirmando que en el presbiterio y al lado del Evangelio yacen los restos de don Agustín Herrera Rojas, primer marqués de Lanzarote (6). Del

(5) Argote ofrecía además, doce reliquias de Santos que le había regalado el Emperador Rodolfo; una cruz de cristal guarnecida de plata, una lámpara del mismo metal, siete bultos de los santos San Francisco, San Bernardo, San Antonio de Padua, San Buenaventura, San Luis, San Diego y San Gonzalo. Este último había de colocarse en la sacristía. (Fundación del convento de San Francisco de Lanzarote en 1590, por ante Francisco Guillén del Castillo, escribano de la ciudad de La Laguna, apud Viera.)

(6) Todavía existe, no muy distante del convento de Miraflores, la antigua casa-palacio del primer marqués de Lanzarote. Su fachada es de piedra y en ambos lados del dintel, dentro de un círculo, aparecen grabadas las letras "AH" y "M", que sin dificultad se traducen por "Agustín Herrera, Marqués".

examen realizado por los expedicionarios no pudo confirmarse tal aserto, por que la leyenda que aparece en un sepulcro situado en aquel lugar fué pintada y no labrada y el tiempo la ha convertido en ilegible. Únicamente pudo verse que un escudo de armas encabeza la inscripción que comienza: "El capitán...", lo demás del texto aparece tan borroso que es imposible reconstruirlo.

Se deduce que aquel es el sepulcro del primer Marqués de Lanzarote, de la escritura y composición establecida entre Argote de Molina y los frailes franciscanos, en la que disponía este prócer la construcción de la capilla mayor y seis sepulcros donde depositar los restos de Sancho de Herrera, de doña Violante de Sosa, mujer de aquél; los de doña Catalina Dafra, el de doña Constanza Sarmiento, hija de Sancho de Herrera, y el de doña Inés de Ponte, mujer del primer marqués.

En el primer sepulcro de la mano izquierda le correspondía ser enterrado don Agustín de Herrera y Rojas, con una larga inscripción compuesta por el mismo Argote y que trae Viera en su tomo IV (7). Ahora bien, nos asalta la duda de si es el sepulcro que vimos el correspondiente al primer marqués de Lanzarote, porque en la escritura de Argote con los frailes se decía que esos seis sepulcros estarían "encajados en los arcos de la pared"; por consiguiente, no podían estar en el pavimento del altar mayor como lo está el que vimos. Sepulcros que posiblemente destruyó el incendio de 1618.

El castillo de Guanapay

Construido en una de las colinas que más sobresale en los alrededores de Teguiise, es un centinela que avizora la llegada de enemigos por tierra y mar. Desde el buque que nos conducía a Arrecife lo vimos altanero, elevado sobre las rocas, como testigo mudo de tantos hechos gloriosos; como testimonio también de muchas desgracias. Nuestras máquinas fotográficas lo enfocaron al ir a Teguiise, y su noble aspecto de fortaleza medieval, de castillo roquero, nos hizo evocar los tiempos feudales: señores de horca y cuchilla, damas de continente altivo y dulce mirar.

La fortaleza de Guanapay construída a raíz de la conquista normanda, quiza sobre uno de aquellos castillos levantados por los aborígenes en las más altas montañas, perteneció siempre a los señores de la isla de Lanzarote, y en muchas ocasiones sirvió de prisión (8). En el testamento del primer Marqués

(7) Dice así: "Aquí yace don Agustín de Herrera Rojas, primer marqués de Lanzarote, octavo Señor de Fuerteventura, el cual después de haber alcanzado de los ingleses e franceses piratas muchas victorias, y entrado con sus ejércitos y armadas catorce veces en Berbería y cautivado 1,200 moros, pasó de armada a la Isla de la Madera el año 1582 contra don Antonio, que se llamaba Rey de Portugal, y se apoderó de aquella Isla y sus Castillos, siendo General de ella por el Rey don Felipe Nuestro Señor."

(8) Sus cañones avisaban la llegada de enemigos, y muchas veces defendieron la villa de Teguiise. También sirvió de prisión, pues cuando los habitantes de Lanzarote pretendieron sacudir el yugo de sus Señores y proclamaron a los Reyes Católicos, seis de los doce vecinos más notables detenidos en el castillo de Guanapay fueron trasladados a la montaña "Chimida" donde se les dió

don Agustín de Herrera, figura el inventario de sus bienes, y en ellos consta: "Once partes de doce en la isla de Lanzarote y Fuerteventura, con la jurisdicción civil y criminal, alto y bajo y mixto imperio; las rentas de orchillas, quintos, pan y menudos pertenecientes al Estado; las fortalezas de Guanapay y del puerto principal de la isla, con doce piezas de artillería, ocho de bronce y cuatro de hierro colado, con sus utensilios..."

Las graves disensiones entre la viuda del primer marqués y los hijos bastardos de aquél; la mala administración de aquella y su ambición por gobernar el señorío que llegó hasta pretender que su hijo, el segundo marqués profesara en un convento, dió origen a un desbarajuste completo. Una de las acusaciones más serias contra un tal Francisco Amado fué la de haber extraído cierta cantidad de madera del castillo de Guanapay.

Pero si esto fué difícil comprobarse, es rigurosamente cierto que la marquesa viuda enagenó parte de la artillería de aquel castillo al Cabildo de la isla de Gran-Canaria, entre la que figuraba la célebre culebrina llamada "El Barraco" (Mem. del Est. de Lanz. núm. 1,510). El P. Sosa en su "Topografía de Gran-Canaria" confirma tal aserto al describir el castillo de La Luz, diciendo: "Está entre la artillería con que se defiende un cuarto de cañón de bronce encampado, que llaman "El Barraco", cosa monstruosa. En disparándole se oyé en toda la isla. Sirve para las lanchas del enemigo si saltare en tierra, porque destrozá mucho echándole taleguillos de balas y otras cosas." (pág. 13).

Hoy la fortaleza de Guanapay no es sino el recuerdo de un ayer digno de respeto por su noble ejecutoria. Estaba condenado a perecer en manos de los saqueadores de todos los tiempos, y un patricio amante de la historia y de las glorias de Lanzarote, lo ha impedido erigiéndose en su custodio.

La excursión hacia el Norte

Lunes cinco de enero. La mañana fría, lluviosa y recio viento. La salida anunciada para las diez. Todos ocupamos nuestros asientos en el auto que dirigía el amigo Cabrera, a quien nunca podremos agradecerle bastante sus desvelos y servicios. Carretera adelante alcanzamos después de una hora larga el valle de Haría, feraz y bien cultivado. Los señores Maynar y Alvarez se apean y conversan con un campesino del que recogen un precioso material folklórico. Poco después contemplamos el bellissimo poblado de Haría a la falda de dos montañas; la carretera, en vueltas, es encantadora. Muchas palmeras y muchos árboles frutales.

Llegamos al fin, y visitamos la iglesia, su párroco don Juan Arocha y Ayala, amablemente nos mostró entre otras curiosidades un porta-hostia de plata con leyenda portuguesa (9), y una custodia de plata sobredorada moderna. Las imágenes de escaso valor artístico, si se exceptúa la Virgen de la Encarnación, atribuída a la primera época del escultor Luján Pérez.

garrote, siendo arrojados sus cuerpos desde allí a un profunda sima, que hoy se llama el "Barranco de la Horca."

(9) Dice la leyenda: "Lovado seia o Santissimo Sacramento. o trese de Ivlho de 1634."

FUERTEVENTURA

Casillas del Angel y Ampuyenta

Gracias a la guía y amparo de nuestro amigo don Ramón Castañeyra, fué posible la rápida excursión a Betancuria, de la que son resultado las impresiones, sin duda insuficientes, que siguen. No hay agradecimiento que pueda satisfacer la deuda que con nuestro amigo contraímos.

Nuestro primer alto, desde Puerto Cabras, fué un pequeño descanso en Casillas del Angel y una visita a su iglesia. Una lápida en su elegante fachada-campanario de negra cantería, nos dice que ésta fué construída por don Miguel Blas Vasques en 1781. Probablemente todo el edificio es de tal data; el interior muy pobre y con imágenes de poco valor. Entre los cuadros vimos uno donado por el sargento mayor Gaspar de Mesa, año de 1782, en que pide un Ave-María por Dios. Otro lo regaló también el sargento mayor Marcial Conrado el mismo año, con petición semejante. En una de las paredes de la iglesia vimos una copia al pastel del Cristo de Tacoronte, cosa que nos sorprendió. Quizá algún devoto lo hizo dibujar.

Proseguimos el viaje hasta Ampuyenta. Castañeyra tenía interés de que visitáramos la ermita dedicada a San Pedro Alcántara. En un yermo solitario se alza este templo encerrado por altos y fuertes muros almenados, dispuestos como para defender la iglesia, dejando entre estos y el edificio una espaciosa área. Con respeto atravesamos el ámbito y penetramos en él. ¡Espectáculo sorprendente! Todas las paredes aparecen cubiertas de cuadros de inmensas proporciones, cuya ejecución es del siglo XVIII, de buena factura y justo colorido.

El Río Palmas

Sin detenernos en Pájara, pronto estuvimos en una región montañosa, el barranco de las Señitas. Altas montañas y profundos barrancos nos rodeaban, hasta que surgió ante nosotros el famoso valle del Río Palmas cubierto de esbeltas palmeras entre elevadas cimas, y al fondo un gran embalse de agua; espléndido pasaje que el "Canarien" cuando los soldados de Gadifer descendieron a él, lo describe del siguiente modo:

"La entrada se halla tan cerrada que es una maravilla; tendrá de largo dos tiros de piedra y de ancho dos o tres lanzas. Allí fué preciso quitarse los zapatos para no resbalar sobre las piedras, que se hallaban tan lisas que no era posible sostenerse sobre ellas sino con pies y manos, y aun era preciso que los de detrás apoyasen lo pies en los extremos de las lanzas de los de delante. Después de este paso se entra en un valle llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua. En este valle se podrán contar más de 800 palmeras que lo cubren con su sombra separadas en grupos de ciento y ciento veinte, tan elevadas como mástiles de navíos, de más de veinte brazas de alto, pobladas de ramas verdes y frondosas, cargadas de hermosos racimos de dátiles, que es una delicia verlas..."

No ha variado el panorama. Aún el valle está cubierto de palmeras, y los

arroyos bajan de las alturas en invierno. La fe y la tradición han dotado a aquel remoto lugar de una imagen, la Virgen de la Peña, aparecida junto a una casita que hasta hoy subsiste, y todavía se muestra al visitante el hueco de la roca donde estuvo encerrado el icono, así como el rústico altar donde se dice misa en el aniversario de la aparición.

La Virgen de la Peña

Poco después llegábamos al sitio en que se levantó una ermita a la Virgen aparecida. Su fachada pertenece al siglo XVII y es de estilo barroco de la buena época. Llamen la atención por su originalidad las dobles columnas de la portada, que sostienen un ático partido en su ápice por un delicado rosetón.

En su interior, colocada en andas, se venera la celebrada Virgen de la Peña, patrona de Fuerteventura. Es una encantadora imagen sedente de 23 cm. de altura, esculpida en piedra blanca. El niño está de pie y vuelto a su madre le acaricia el rostro con ambas manos y ella le sostiene con el brazo derecho; los pliegues de la vestidura están magistralmente tratados, pero donde el artista se inspiró fué en el rostro de la Madre, mezcla de dulzura y majestad, de amor maternal y unción cristiana, es la expresión más alta de un arte bien logrado.

Por su técnica y belleza dentro de la iconología mariana puede incluirse en el tipo llamado humano, primera mitad del siglo XV, siendo, a nuestro juicio, su factura más antigua que la Virgen de Candelaria si atendemos a que conserva aun la posición sedente. Pertenece acaso a la escuela francesa (10), advirtiéndose muy acusados elementos góticos.

Leyenda de su aparición

Cuenta la tradición que una noche de primavera, después de maitines, San Diego de Alcalá echó de menos a su compañero Fray Juan de San Torcaz y salió en su busca. Los pastores, a quien preguntó, le dijeron que no le habían visto, pero que estaban sobrecogidos de miedo al ver muchas luces y como un astro refulgente que corría hacia el Mal-paso o Río de las Palmas. Se encaminaron hacia el lugar designado y tras detenida busca hallaron al pie de una montaña muy escarpada y dentro de una poceta de más de veinte palmos de agua, el sombrero de San Torcaz, y que éste de rodillas, con su rosario al cuello y el breviario entre las manos, oraba.

Uno de los pastores se arrojó al pozo y sacó al santo, tan ileso que ni si-

(10) Por las características que el arte revela en la Virgen de la Peña nos inclinamos a creer que pudiera identificarse con la imagen de Nuestra Señora que el conquistador Juan de Bethencourt regaló a la capilla de Betancuría en el año 1405 al regresar de Normandía. La capilla se convirtió en iglesia y al ser incendiada por los moros en 1539, posiblemente dicha escultura fué salvada y escondida para evitar su profanación por las hordas berberiscas del Araez Xaban. Esto explicaría su aparición, su culto junto a dicho lugar durante algún tiempo, y la erección de la ermita donde actualmente se venera, que sería levantada mientras se reconstruía lentamente la iglesia parroquial de Betancuría.

quiera las ropas ni el breviario estaban mojados. Precisado a explicar aquel milagro, dijo San Torcaz que la causa de tanta maravilla estaba sin duda encerrada en el seno de la peña inmediata, pues así lo daban a entender las músicas celestiales que oyera, y los rayos de luz que arrojaba de sí, cambiando la noche en día. Inmediatamente se mandó por picos y otros instrumentos para abrir la roca, trabajándose inútilmente hasta que San Diego, poseído de santa inspiración, señaló el lugar que había de atacarse. A los primeros golpes se abrió la roca y apareció la imagen de la Virgen de la Peña. Tal es la tradición.

En esta forma la narran, en efecto, el Dr. Marín y Cubas, y más ampliamente el Rvdo. Fray Diego Gordillo, quien en 1754 publicó en Santa Cruz de Tenerife, con el pseudónimo de don Francisco Goñi, un libro titulado "Sucinta historia de la aparición y milagros de la imagen de la Peña de Fuerteventura", estampada por el proto-impresor Pedro José Pablo Díaz (apud. Viera y Millares Carlo en su "Bio-bibliografía"). Y, desde luego, en apoyo de ella viene la imagen misma que, como arriba decimos, corresponde plenamente a la época que se le atribuye.

No obstante, en esta narración se han fundido indudablemente en una dos tradiciones en su origen independientes. La milagrosa inmersión del P. San Torcaz en el Río de las Palmas, sin relacionarla con aparición alguna de la Virgen, es narrada ya por el P. Quirós (1612) (11). Antes el P. Espinosa y luego Abreu Galindo y Núñez de la Peña ignoran también la aparición. A mayor abundamiento, Fray Diego Gordillo estima en su libro ya citado que la aparición de esta imagen en Fuerteventura fué después del año 1464; y así no pudieron asistir al milagro ni San Diego ni San Torcaz, éste porque ya había muerto, y el primero porque el año 1450 estaba en Roma.

Examinado el caso pensamos que tal vez esta tradición tenía relación con la aparición de otra imagen famosa, la de la Peña de Francia, que se narra de esta manera:

"Cierta hombre piadoso, natural de París, llamado Simón Robano de Vela, habiendo perdido sus padres y deseando distribuir sus copiosos bienes a los pobres, fué advertido en sueños que buscarse hacia occidente en la "Peña de Francia" una imagen de la Madre de Dios. Simón había consumido cinco años en esta empresa, hasta que viniendo a Santiago de Galicia en romería, supo de un carbonero que la "Peña de Francia" era un monte cerca de Salamanca, muy intrincado y casi inaccesible; sin embargo, nuestro devoto le trepó y después de ha-

(11) Dice ese autor: "Andando (San Torcaz) en estos pasos, yendo un día a predicar a la gente del campo, pasando por una montaña alta, donde por la estrechura del camino y el ir pensando en Dios como siempre, cayó por un grande despeñadero, y dió en un piélagro llamado el Río de las palmas, y hundióse hasta llegar a lo más hondo del... El religioso que acompañaba al Santo, fué luego con gran prisa a buscar al lugar quien le sacase del agua, para darle sepultura. Al cabo de tres horas cumplidas, vinieron unos hombres que sabían bien nadar, y colando debajo del agua, halláronle que estaba puesto de rodillas en oración. Sacáronle fuera; y las primeras palabras que dijo, fueron en alabanza de la sacratísima Reina del Cielo la Virgen María, de quien era devotísimo, y muy en particular de su sagrada y limpia Concepción..." (Cap. VII, págs. 42-43 de la ed. príncipe.)

ber hecho oración se quedó dormido, a cuyo tiempo la Madre de Dios, rodeada de resplandores, se le apareció con su divino hijo en los brazos, y señalándole la parte por donde debía romper la peña en que estaba contenida su imagen, le mandó que le edificase un templo en aquella misma cumbre. Simón, ayudado de algunos rústicos, trabajó en abrir la peña, y en sus entrañas descubrió la imagen, miércoles 19 de mayo de 1484." (P. Choquecio, apud Viera y Clavijo, t. I.)

Pero la imagen antigua de la Virgen de la Peña de Francia, muy tosca y hoy retirada del culto, no guarda relación alguna con la nuestra, según informes que hemos obtenido (12).

Contentémonos, pues, con asegurar que Fuerteventura guarda la más antigua imagen de la Virgen que se venera hoy en las Islas y que esta imagen es, además, una bellísima obra de arte. Su gracia inefable ha bien merecido la devoción con que la rodean los majoreros, que a ella acuden confiadamente en sus tribulaciones. La fotografía al magnesio que publicamos en estas páginas apenas da una pálida idea de esta imagen preciosa y venerable.

La iglesia de Betancuria

Hacia el centro de la isla está enclavada la villa de Betancuria que recuerda aun el nombre del barón normando, y fué este conquistador quien fundó y levantó una ermita a la que dotó, después de su viaje a Francia, de una imagen de la Virgen. Dice el "Canarien" que "en el mismo acto (el bautismo de un niño natural de la isla) ofreció a la capilla una imagen de Nuestra Señora, un hermoso misal, dos pequeñas campanas de cien libras de peso, y varias colgaduras y ornamentos, cuyos efectos había conducido de Francia para aquella iglesia, la cual ordenó se llamase Capilla de Nuestra Señora de Betancuria (13), y de ella fué cura párroco el señor Juan le Verrier." (cap. 84.) El autor de los planos y director de la obra fué el albañil Juan Maçon, ayudado de canteros y peones traídos de Normandía.

En el año 1424 esta capilla, convertida en iglesia, fué enigida en Catedral. El 20 de noviembre de ese año el Papa Martino V expidió una Bula en que se lee: "Para la gloria y honra de Dios y de la misma Santa María y para aumento del divino culto y salvación de las almas, de consejo de nuestros hermanos, y en fuerza de la plenitud de la potestad Apostólica, establecemos y erigimos en Catedral la referida iglesia de Santa María de Betancuria, y la condecoramos con el título, honor e insignias de Iglesia Catedral, y para memoria indeleble

(12) La descripción detallada de la antigua escultura figura en la "Historia de la prodigiosa Imagen de la Peña de Francia" escrita por el Dr. don Tomás Baeza González, Deán de Ciudad-Rodrigo. Segovia. Imp. de don Pedro Indero. Calle Real 42. 1863 (cap. II. págs. 22-24). Copia de esa descripción le fué enviada al Dr. Serra por el catedrático de la Universidad de Salamanca, Dr. don Angel de Apraiz y Buesa.

(13) Dice "Le Canarien": "Il (Bethencourt) fit apporter en la chappelle des vestemens, vne ymage de nostre dame, et des vestemens d'esglise, et vng fort blai missel et deulx petites cloches de chacune vn chent pesant; et ordonna que on appellest la chappelle Nostre Damé de Bethencourt..." (Ed. de G. Gravier, cap. cit.)

juzgamos y queremos que en todas las edades se llame Iglesia de Fuerteventura...”

Indudablemente, la primitiva capilla, convertida más tarde en amplio y hermoso templo bajo la dirección de Juan Maçon, era de puro estilo ojival que entonces imperaba en Francia; pero esta construcción, que hubiera sido quizá el único ejemplar gótico en este archipiélago, fué incendiado por las hordas berberiscas del Arraez Xaban en 1593. Después comenzó su reconstrucción, pero con tanta lentitud que no se había concluído en el año 1629, en tiempo del Sínodo del Obispo Murga (pág. 343. Sinodales. Apud Viera). Por consiguiente, la fecha de la lápida de la torre, que solamente tiene las dos últimas cifras del año en que se terminó la obra, el “91”, ha de referirse al de 1691. Dicha inscripción ha sido interpretada fielmente por el amigo Serra. (*)

He aquí la inscripción:

ESTA OBRA SE IÇO
ANO DE 91 SIENDO
MAIORDOMO DE
FABRICA EL CPP^{an}
I SS^o M^r D. SS^{an} TRV
X^o RVI^a LA ISO
EL MAESTRO
PARAGA.

Mr. Charton (Ed.) en su refundición del texto del “Canarien” publicado por P. Bergeron, fija la construcción de la iglesia primitiva en 1410, y luego escribe: “Restaurada más tarde, aun se ve en medio de la pequeña villa gótica de Betancuria.” El sabio francés Ch. de la Roncière, en su monumental obra: “La découverte de l’Afrique au moyen âge” yerra cuando afirma que el actual templo de Betancuria es el mismo construído por el barón normando; el fotograbado que publica es del moderno templo, y, no obstante, escribe: “Si l’exterieur rappelle dans ses grandes lignes le style des églises normandes, l’intérieur a été entièrement remanié selon le goût espagnol: il n’a plus rien de la sobre décoration de l’architecte Jean le Maçon...” Y antes dice “Santa Maria de Betancuria, encore debout aujourd’hui, témoin la photographie ci-contre...” (T. II, págs. 21-22.)

Del examen efectuado por los compañeros solamente aparece el elemento ojival en el interior de la torre, y en el arco toral del altar mayor, que acaso fueron las únicas partes que resistieron al fuego. Las imágenes que pudimos ver en el templo carecen de valor artístico, y algunas son de factura modernísima,

(*) Resueltas las abreviaturas dice: “Esta obra se iço ano de 91 siendo maiordomo de fabrica el capitan i sargento mayor don Sebastian Truxillo Ruis. La iso el maestro Paraga.” Don Dacio Darias y Padrón nos hizo observar que este Sargento Mayor es mencionado en las páginas 96 y 97, nota, del tomo IV del “Blasón de Canarias”, de Fernández de Bethencourt, y vivió, en efecto, en el siglo XVII. El texto transcrito no se halla en realidad en una lápida sino simplemente pintado y acaso grabado en el enlucido del muro, dentro de una orla en forma de escudo, y ha sido descubierto y cuidadosamente restaurado recientemente, con motivo de limpieza de las paredes del templo, por un joven vecino de Betancuria cuyo nombre sentimos no conocer para tributarle el merecido agradecimiento. (N. de la R.)

construidas en los talleres de Valencia o Barcelona. No pudimos contemplar el altar mayor cubierto en aquellos días por el "Nacimiento". La orfebrería no es cuantiosa; algunos vasos de plata baja donados por el arcediano de Tenerife, y una custodia de plata sobredorada hecha por el orífice Jacinto Ruiz en 1747 en Santa Cruz de Tenerife, donde poseía su taller, y que por el mismo tiempo labró otra para la parroquia de Haría, según dijimos (*). Mas, lo que es un verdadero deiroche de gusto es el hermoso artesonado de la sacristía: arte, talla y colorido se aunan en su composición.

El Beato San-Torcaz

Dos varones religiosos de gran renombre dieron fama al convento de Fuerteventura: San Diego de Alcalá, verdadero apóstol de la fe, y Fray Juan de San-Torcaz, ambos franciscanos y de una austeridad y celo tan grande como sus virtudes.

Según un cuadro de grandes dimensiones que contemplamos en la ermita de Río Palmas, San-Torcaz era de buena estatura, color moreno, ojos grandes y expresivos, frente ancha y cabellera abundante. despidiendo toda su persona una sugestión digna y respetuosa.

Los autores que han escrito sobre la vida de este religioso dicen que al morir en los brazos de San Diego fué enterrado en la capilla mayor del convento, pero por los milagros que hacía su sepulcro sacaron sus restos y puestos en un arca con los cendales de seda con que había sido enterrado se colocó dentro de la pared de la capilla mayor a la mano derecha, y ahora está, dice el P. Quirós, en el hueco del altar mayor con mucha veneración. Su corazón se llevó a los Reyes Católicos y luego se depositó en el Escorial.

Teníamos interés en contemplar los restos de este elegido del Señor, y tras algunas indagaciones pudimos satisfacer nuestro deseo. Habían sido trasladados cuando la excomunión a la parroquia de Betancuria y se custodiaban en la sacristía. En una caja de pino, al parecer moderna, vimos únicamente dos fémures, atados con un cendal de seda, acaso de factura moderna también. La caja mide 56 cm. de largo; 25'50 de alto y 28 de ancho. Al exterior contiene la siguiente inscripción: "Erario ilustre de los huesos del Bienaventurado San Juan Torcaz." La letra, la caja y la cerradura dan la impresión de que no pertenecen a la época en que murió el religioso.

La explicación de que no existan más restos de San-Torcaz la dá el mismo P. Quirós, cuando escribe: "Por la gran devoción que a este santo varón tienen los fieles y por los milagros que con sus reliquias veían obraba Dios cada día, cada uno procuraba tener algún hueso u otra reliquia suya, y los religiosos repartieron con algunos más devotos dellas. Y eran tantos los que les importuna-

(*) Además una gran lámpara al parecer de plata en el crucero del templo con la siguiente inscripción a su alrededor (desligadas las abreviaturas): "Dadiva de doña Ana de Cabrera, a nombre de don Mateo Cabrera su hermano, consiliario del Santo Oficio, Venerable Vicario y Beneficiado, Rector de esta Parroquia desde 1752 hasta 1785. La hizo Jose García Andioza, año de 1808". (N. de la R.)

ban por esto que el año 1606, que visité aquel convento, dejé una patente con censuras, para que ningún religioso pudiese dar reliquia alguna del santo. Algunas quedaron a varias personas devotas, por quien el Señor ha obrado muchos milagros, especialmente en la isla de Canaria." (final del cap. VII.)

No obstante la patente con censuras del P. Quirós, acaso se continuó el reparto de reliquias. Dice el historiador Castillo: "En un hueco, que con sus puertas y llaves está en la capilla mayor del convento, está una arquita en que se guarda la cabeza y huesos del venerable Fr. Juan Torcás exhalando óleo, y una fragancia celestial..." (14). Castillo escribía en 1737; pues bien, hoy solo quedan los dos fémures del virtuoso religioso.

Pero no solo San-Torcáz fué catequista, realizó milagros y predicó, sino que el tiempo que le quedaba disponible lo dedicaba a copiar manuales y psalterios, o en escribir sobre sutiles materias de teología escolástica (15), dejando cuatro libros a la posteridad, tres de los cuales están todavía sepultados en el arca donde se conservan sus huesos, (Viera) y el cuarto libro, que era un tratado de "Trinitate", se lo llevó con permiso del guardián del convento, don Bartolomé de Torres, Obispo de estas islas, quien lo utilizó en una obra que compuso sobre la misma materia, "libro que ha sido tan bien recibido como todos saben", dice el P. Quirós.

De los tres restantes escribe Castillo: "Era Torcáz gran teólogo, y así se hallan algunas obras suyas en el arca donde están sus huesos, aunque me dicen muy pasados sus libros por el óleo que vierten..." (pág. 78.) De suerte que hasta la época de este historiador y aun en la de Viera y Clavijo se conservaban en el arca que encerraba sus restos. Hoy no aparecen en ella y por mas indagaciones que realizamos nadie nos pudo señalar su paradero. El escritor don José Rodríguez Moure, de eterna recordación, me afirmó que los tuvo en sus manos y los leyó. De entonces ahora nada se sabe de esos libros.

El convento de Betancuria

Mientras mis compañeros visitaban la casa rectoral, don Luis Armas, señor

(14) Es fama que los restos del santo exhalaban un delicado olor. Dice el P. Quirós: "En diez días que estuve en aquel convento (aunque diversas veces) visité estos lugares cuando me avisaban que avía el dicho olor; y nunca lo pude percibir (atribuyéndolo a mis pecados) hasta que al fin de ellos, viniéndome a hacer merced el muy noble y cristiano caballero don Gonzalo de Saavedra, señor de Fuerteventura y muy devoto de nuestra religión; fué en su compañía y de los religiosos del convento, y mi compañero, a visitar a la Iglesia los huesos del Santo Fray Juan de San Torcáz; y al tiempo de salir por la puerta de la sacristía para la Iglesia, fué tanta la fragancia y suavísimo olor que nos dió, que quedamos admirados. Parecía cosa mas del cielo que de la tierra, por no aver en ella cosa a que poderse comparar..." (Cap. IV, págs. 20-21. Ed. príncipe.)

(15) Al decir de Torriani, los libros de Teología escolástica de San Torcáz seguían la doctrina filosófica de Raimundo Lulio. Dice: "e'n sieme ancora ui sono alcuni libri di filosofia ch'ei lassó scritti a mano di Raimondo Lulio..." (pág. 98. Ed. Wölfel). Esos manuscritos vendrían a demostrar que el lulismo se propagó hasta Andalucía de donde salió San Torcáz, influyendo en los frailes franciscanos de las Canarias que se formaron en el convento de San Diego de Alcalá. De ahí la importancia de esos tres códices.

que me habían presentado poco antes, me invitó a visitar las ruinas del primer convento de franciscanos levantado en el archipiélago.

A unos trescientos metros de la iglesia, y en un espacioso llano, permanece aún en pie la iglesia del convento, (éste ha desaparecido completamente) sin techumbre ni puertas. Las robustas columnas sostienen todavía el arco toral, y quedan retablos y vestigios de altares. Pero esta iglesia no fué la primitiva, que, como la de Betancuria, incendiada fué por las hordas del Arraez Xaban, sino otra construída en el siglo XVII si nos atenemos a su estilo arquitectónico que aun se advierte. Ch. La Roncière trae una fotografía.

Sentado sobre una piedra, recordamos la bella historia del primitivo convento que se remonta al año 1414; al infatigable Fr. Juan Baeza y el arribo de los siete frailes del convento del Abrojo, que cargando sobre sus hombros los materiales, levantaron el humilde convento; después San Diego de Alcalá y Fray Juan San-Torcaz...

Y a nosotros volvió la imagen de San Diego con su cruz al hombro hasta llegar a la santa casa; sus milagros, su celo religioso, su navegación a Canaria en busca del martirio... Y volvimos la mirada hacia la ermita (antes gruta) que se alza frente al templo en ruinas, donde el santo se recogía, y como entonces, ahora parece que brilla como un lucero en este sereno atardecer. Y recordamos la milagrosa tierra de aquella cueva, que sanaba a enfermos, fertilizaba los campos, calmaba las tempestades, y anublaba la vista de los moros para salvar a los cristianos; el pozo de aguas cristalinas que era vida y salud del cuerpo y del espíritu; la conversión de los dátiles sin hueso de una palmera, y toda una dorada y hermosa leyenda de piedad y de fe...

Lentamente regresamos a la plazuela. El sol muriente ponía pinceladas de fuego en un cielo de cobalto y la brisa era fría. Estaba solo y el silencio y la melancolía del paisaje me hizo evocar de nuevo otras edades y otros hombres: Santa María de Betancuria, los conquistadores normandos, la lucha entre moros y cristianos como en Castilla, los grandes místicos, los esforzados guerreros, los ardientes ascetas... Diego de Herrera y San Diego de Alcalá; el marqués de Lanzarote y San-Torcaz; el cilicio y la espada; símbolos, espíritu, médula de una raza, de un siglo que se fué...

Sonó la hora de partir. Ibamos a dejar aquellos lugares consagrados por la leyenda y la religión, ¡quién sabe hasta cuando! Y en la solemnidad de aquel hermoso y único atardecer, lloraba el corazón mientras allá, en el cielo, las estrellas lucían sus vestiduras de plata.

B. BONNET

Enero 1942.